



**VANESSA
ROMERO ROCHA**
@vannessarr



López Obrador ha toreado al ojo público a la dirección que desea; mientras, su sucesora camina indemne a su lado.

AMLO: muleta y pararrayo

Andrés Manuel es muleta. Durante el periodo electoral, ha toreado al hechizado ojo público hacia la dirección deseada.

El pase inició con aquella cena en la que –dicen los escépticos– tejió su simulada sucesión. Acto seguido, por el módico precio de algunas sanciones electorales, desvió las miradas a su recién ungida adversaria. Tras ello, con apego a sus facultades legales, pretendió una serie de reformas constitucionales. Finalmente, se plantó soberano y obstruyó al *New York Times* la difusión de meras conjeturas. El toro embistió mientras el capote ondeaba.

Andrés Manuel es muleta.

Luego se desató la refriega. Con una candidata sobrada de puntos negativos y enemistada con la posibilidad de triunfo, la oposición apuntó sus armas al mandatario. Lanzaron bots, hashtags e inferencias; ecos y elucubraciones. Una guerra de chismes (el sustantivo no es mío) que omitió el daño.

Un perdonable exceso. Ya dice Bioy Casares que todos hacemos cosas horribles para sobrevivir.

AMLO emergió intacto confirmando el principio que explica que su popularidad es inversamente proporcional a los ataques que le atizan: germina victorioso tras las ofensas. Su aprobación que, a inicios de 2023, rondaba el 54%, se incrementó a 56% para febrero pasado. Si tan solo hubieran permane-

cido en la memoria de los hombres las lecciones del desafuero, otro gallo cantaría.

La sucesora del mandatario (heredera única de quien sólo procreó varones) camina indemne a su lado. Las campañas negras de sus adversarios apenas la rozan.

Andrés Manuel es pararrayo.

No puedo perder, dijo Xóchitl. No puedes perder, confirmó su equipo. El golpe a Sheinbaum habría de ser directo: una trayectoria parabólica que eluda al Presidente y la impacte de frente.

La candidata guinda fue entonces sometida a un feroz escrutinio. Se sabe que su vida privada –la más íntima– no admite aquellos adjetivos y que la pública es larga y notoria. Abundan registros y testigos de su andar continental. Desde su participación en el CEU, su paso como secretaria de Medio Ambiente del DF, su cargo como jefa delegacional en Tlalpan, su militancia en Morena y su Jefatura de Gobierno de la CDMX. Desafíos no menores.

Con todo, los ataques directos a Sheinbaum han escaseado. Las pesquisas han sido estériles. Los investigadores convocados por la oposición regresan diariamente al cuarto de guerra abatidos y vacilando el sentido de su voto: nada dañino han encontrado. Los dirigentes opositores golpean el ya lastimado escritorio.

No es exagerado señalar que la

gestión de Sheinbaum dentro de la CDMX, acaso su tarea más ardua y mejor lograda, ha sido vista con buenos ojos a nivel global y que, la Auditoría Superior de la Federación, al revisar el presupuesto público 2022, no encontró un solo peso que tuviera por aclarar. Repito sin ningún tipo de hipérbole o exaltación: ni un solo peso.

En las propuestas de campaña tampoco se han encontrado desaciertos. Se trata de promesas articuladas y coherentes, sin visible propósito de timar. Casi todas habitan en los márgenes de lo posible. Son más planeación que promesa, más técnica que poesía: abundan los datos y las métricas de cumplimiento.

A la oposición le queda un flanco abierto por atacar: regatearán la autonomía de la candidata (dirán que A es igual a B) y acusarán su incapacidad de insubordinarse ante el oscuro hombre que –profetizan– seguirá meciendo la cuna.

Demostrar la falsedad de la premisa también resultaría inútil, según afirman: porque hija de tigre, pintita.

Con ese flojo fusil acude la oposición a purgar su condena. Primero, habrá de sortear a su propia creatura. Después, se encontrará con la escasez de negativos en su par contraria. Para finalizar, en la puerta final de la victoria, encontrará custodiando al Presidente. Ese que es muleta y pararrayo.